

EDITORIALES

Un rechazo polémico

La renovación del Tribunal Constitucional debe afrontarse sin prejuicios ni vetos

El rechazo de la Mesa del Senado a dos de los candidatos propuestos por las comunidades autónomas para formar parte del Tribunal Constitucional, entre ellos el del discutido Enrique López designado por el Partido Popular, supone en teoría el punto de partida para la renovación de la alta institución que el Gobierno ha decidido finalmente acelerar. Pero el veto socialista a un candidato arrojado con gran interés por los populares hasta el punto de nominarlo desde todos los Gobiernos autónomos que controla presagia un difícil camino para lograr el necesario consenso. La decisión avalada por los votos socialistas y CiU se apoya en un informe jurídico de los servicios de la Cámara Alta cuyas conclusiones suscitan una fuerte controversia jurídica que podría acabar por atascarse en interminables debates doctrinales. La consideración de que los años de desempeño de las tareas de vocal dentro de un órgano como el CGPJ no pueden computarse como tiempo efectivo de ejercicio profesional a efectos de méritos exigidos por la Carta Magna, descarta a dos de los aspirantes obligando a las comunidades que los designaron a proponer otros nuevos. Pero la polémica tesis que niega a los «servicios especiales» carácter de ejercicio profesional interpretada ayer por la oposición como un «veto político» aboca todo el proceso a un pulso de partidos por colocar a sus candidatos. El llamativo retraso acumulado por el Constitucional en el fallo sobre la idoneidad del ‘Estatut’ de Cataluña está concentrando una presión adicional sobre los actuales magistrados, cuatro de los cuales, además de la presidenta, han superado con creces su mandato. Pero la controversia partidaria no debería interferir en el proceso por muy comprometido que resulte el desenlace para los intereses electorales de los comicios que se celebrarán en Cataluña en otoño. Debería hacerse viable un doble procedimiento sin interferencias que por un lado permita a los actuales magistrados culminar su tarea emitiendo una sentencia sobre el ‘Estatut’. Y, por otro, encontrar un clima de consenso adecuado para reiniciar sin prejuicios ni suspicacias la fase de renovación que culmine los relevos necesarios en una solución no excluyente en lo político y óptima en lo profesional.

Impuesto forzado

La decisión del presidente Montilla de incrementar la presión fiscal sobre las rentas más elevadas de Cataluña, para así complementar los resultados que la Generalitat obtenga mediante el reajuste presupuestario que desarrollará el decreto-ley aprobado en el Congreso, constituye antes que nada un gesto político a cinco meses de las elecciones autonómicas. El desacuerdo mostrado por CiU permite a los socialistas catalanes diferenciarse de los convergentes a través de una medida que compensaría el sacrificio de sectores dependientes del gasto de la administración. Pero al mismo tiempo revela la endeblez de la iniciativa, puesto que su aplicación sería en todo caso posterior a los comicios de otoño, por lo que quedaría sujeta a la mayoría que surja de las urnas; mayoría que todas las encuestas sitúan del lado de CiU. Dadas las fechas en las que nos encontramos, en vísperas de la entrada en vigor del incremento del IVA y a pocos meses de proyectar las cuentas públicas para 2011, sería más razonable que las posibles modificaciones impositivas se determinaran en relación a éstas y, aun respetando el ámbito competencial autonómico, una vez que se establezca un criterio general para el conjunto del país.

HOY

DIARIO DE EXTREMADURA

Edita: Corporación de Medios de Extremadura
Director General: Antonio Pitera Corraliza

Director
Ángel Ortiz

Mesa de Redacción:
José Orantos (Edición,
Actualidad y Deportes);
Manuela Martín (Región y
Local); Celia Herrera (Jefa
de Información de HOY.es);
Marisa García (Fin de semana);
Juan Domingo Fernández
(Subdirector en Cáceres)

Badajoz: Antonio Cid
de Rivera. Cáceres: Pablo
Calvo. Delegado en Mérida:
Juan Soriano. Delegado en
Plasencia: Antonio Sánchez
Ocaña. Corresponsales:
Manuel Martínez Cordero.
Edición: Roque Alonso.
Deportes: Alberto García de
Frutos. Opinión: José
Joaquín Rodríguez Lara.
Documentación: Domingo
Núñez. Diseño: Javier París

Directora
de Operaciones:
Dolores Benegas Capote

Director Comercial:
Jaime Fernández
de Tejada Almeida

Gerente de HOY.es:
Miguel Ángel Jaraíz

Más Europa es la dirección

RAFAEL VÁZQUEZ GARCÍA

PROFESOR DE CIENCIAS POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Ahora más que nunca conviene recordar que la andadura nunca ha sido fácil y que no existe fracaso en admitir las dificultades que aún jalonan la construcción de este proyecto colectivo

El pasado día 9 de mayo celebramos, de forma austera y poco fastuosa, y tal como viene haciéndose desde 1986, el día de Europa, con el singular añadido de que este año se conmemora el 60 aniversario del acontecimiento que data al evento. No resulta innecesario recordar que el 9 de mayo de 1950, en la denominada desde entonces Declaración Schuman, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia presentó su propuesta para la creación de una Europa organizada y unida, requisito indispensable para el mantenimiento de relaciones pacíficas en un continente parcialmente destrozado por la guerra, paralizado económicamente, obligadamente dividido ideológicamente y con escasas esperanzas en el futuro. Las circunstancias seis décadas después, sin ser afortunadamente las de antaño, tampoco permanecen ajenas al recelo recíproco que transitaba entre los Estados europeos de posguerra. Y sin embargo, ahora más que nunca conviene recordar que la andadura comunitaria nunca ha resultado fácil y que no existe fracaso en admitir las dificultades que aún jalonan la construcción de este proyecto colectivo.

La izada de la permanente bandera azul con estrellas que ondea desde hace unos días en Madrid marca el camino. Europa debe seguir construyéndose, debemos seguir creando espíritu europeo. Se trata de crear que no inventar, y para ello tenemos mucho de lo que echar mano en recuerdo del motivo que a todos nos ampara (unidos en la diversidad). Al contrario que la formación de muchos estados-nación, Europa no tiene que «imaginar comunidades» en el sentido que estableció Benedict Anderson. Las comunidades ya existen, las historias ya están escritas. Resta ahora vincularlas en aspiraciones paralelas. Podrá sonar extemporáneo y hasta insolidario en recobrados tiempos de cuitas nacionales, pero no existe otro camino, no se conoce otra esperanza.

Y las dificultades no son pocas. El auge de los partidos conservadores –notablemente euroescépticos en su mayoría– tanto en la Europa del centro y del este (Polonia, República Checa, Hungría o Rumanía), como en el occidente continental e insular (véanse las últimas elecciones británicas), limita las energías necesarias para el proyecto. La crisis griega, y lo que es peor, la patente debilidad del principal anclaje económico y hasta simbólico de la Unión, el euro, complica la situación hasta límites nada desdeñables. Lógicamente podríamos ir sumando líneas casi infinitas al catálogo de enfermizos síntomas del

proyecto, pero no es menos cierto que estamos igualmente legitimados para plantear aquello que aún nos resulta positivo. La Unión es el camino y me atrevería a decir que no hay opción frente a ella. O se está con Europa o estaremos a merced de un pasado no muy pretérito marcado por fratricidas enfrentamientos y debacles económicas. Como recientemente ha propuesto el Comité de Sabios de la Unión «más Europa y no menos» es la dirección que se debe seguir.

Resulta indispensable hablar de Europa, hacerla cotidiana, presente en la ordinaria existencia, visible en la geografía rural y urbana, efectiva en los números y cercana en los afectos. Resulta indispensable poner en marcha la maquinaria de expansión del poder ‘soft’, ese fluido sutil pero efectivo de la cultura y los resortes ideológicos frente al burocrático, anónimo y escasamente empático de las meras instituciones. Resulta indispensable, en suma, que los europeos dialoguen entre sí y despejar así las miradas estereotipadas sobre los perezosos europeos del sur, los atrasados y peligrosos comunistas del este, los hurraños e interesados alemanes o el frío individualismo de los escandinavos. Las generaciones jóvenes empiezan a percibirse con naturalidad y los aeropuertos están llenos de mezclas genéticas, étnicas y estéticas –por cierto, estupidadas– y de un poliglottismo que es la única y verdadera lengua de Europa, la de todos y de cada uno a un tiempo. El ‘homo europeus’ existe, es producto de lo que somos de forma diversa, la aportación que cada cual hace al común refrendo.

Y todo ello pasa por hacer los deberes que la propia Unión se encomendó hace unos meses con la aprobación del Tratado de Lisboa: ser más eficaz en los procedimientos, más democrática en las decisiones, más transparente en las actuaciones, más unida en la escena internacional, y más segura en el interior y frente al exterior. Decía Thomas Jefferson en relación a la construcción histórica de los Estados Unidos: «me gustan más los sueños del futuro que la historia del pasado». En Europa, otro ferviente europeísta como Robert Schuman, Jacques Delors, ya sentenció que tratándose de Europa el inmovilismo es simplemente imposible, «es la marcha atrás y, a no mucho tardar, la amenaza de la desintegración y la deconstrucción».

Hoy más que nunca es una deuda histórica seguir pensando, reflexionando sobre el presente y el futuro de nuestra Unión, que es el presente y el futuro de los hombres y mujeres que viven en el territorio de la Unión y, lo que es más importante, de los que están por venir.



:: JOSÉ IBARROLA